

ACEREDA, Alberto, *Rubén Darío, poeta trágico. Una nueva visión*, Barcelona, Teide, 1992, 188 pp.

Rubén Darío sigue siendo un poeta de máximo interés, indispensable para saber lo que la poesía en lengua española ha sido y es en este siglo XX nuestro. Leer a Rubén Darío es necesario para comprender lo que nuestros poetas consiguieron en las distintas promociones y oleadas de lo que va de siglo: Antonio Machado, Juan Ramón, los del 27, las generaciones de posguerra. La poesía de Rubén Darío suele valorarse actualmente desde dos puntos de vista complementarios. Por un lado, hay que destacar la trascendencia histórica de sus innovaciones en el campo de la poesía en lengua española. Por primera vez, desde el descubrimiento de América las innovaciones vienen desde aquel lado del Atlántico a éste, y la metrópoli acoge la fuerza expresiva del arte de Rubén como esa posibilidad de renovación que la lírica decimonónica en España, en la segunda mitad del XIX, no había logrado.

Rubén no sólo es el más importante poeta del modernismo hispánico, sino también su máximo promotor y el permanente difusor de sus novedades a este lado del Atlántico. Poderosamente influido por la poesía simbolista francesa, pero también con una notable formación clásica greco-latina y una educación literaria basada en la lectura de los clásicos españoles, consigue Darío una simbiosis de diferentes culturas –entre las que no está ausente el orgullo indigenista– que trasporta a toda América y a España, con el cultivo de una poesía muy innovadora en cuanto a los recursos estilísticos, la lengua poética y la métrica.

De otro lado hay que valorar la poesía de Rubén como obra personal, en la que tanto entran en juego el intimismo heredado del romanticismo y el simbolismo francés como unas incipientes consideraciones sociopolíticas, premonitorias respecto a América de lo que habría de ocurrir a lo largo del siglo. Elegante, cosmo-

polita, fastuoso, emprendedor, su arte no oculta por ello la grandeza de un alma atormentada, preocupada por el destino del hombre y de su relación con la naturaleza y el mundo que no dejan de tener interés hoy.

La atención crítica que ha recibido su obra es una de las pruebas de su vigencia. Y la última de estas pruebas la constituye un magnífico libro de Alberto Acereda, Profesor Asistente de la Universidad de Georgia, en Estados Unidos, que, con el título de *Darío, poeta trágico. Una nueva visión*, nos ofrece la perspectiva de un joven estudioso de la última generación sobre Rubén. La «nueva visión» consiste en llevarnos por los versos y las prosas —teóricas, críticas y de creación— de Rubén, a través de toda su producción literaria, a una serie de caminos iluminadores de su obra, caminos que son inquietudes y trayectoria de su personalidad, de su ideología, de su forma de escribir, de sus obsesiones e insistencias. Consultando con suma discreción y medida, pero con exhaustividad, las mejores aportaciones críticas que sobre Rubén han existido, nuestro joven investigador nos demuestra que Rubén no es un poeta superficial, de brillantes efectos musicales y cromáticos solamente. Su labor consiste en probar su profundidad, su angustia ante la vida, sus vacilaciones entre el optimismo y el pesimismo, entre la religiosidad y el paganismo, entre la vida y la muerte; su sensualidad llena de fuerza y vitalidad que puede caer en el más profundo escepticismo y desencanto. Además están sus valores estilísticos (y los métricos) que Acereda resume con entusiasmo: «La belleza de la palabra rubeniana no ha sido aún superada por nadie en la poesía española».

Acereda ha conseguido, a mi juicio, con este libro lo que se proponía en un principio y, a los que ya estamos convencidos de ello hace mucho tiempo, nos satisface ver como un joven crítico logra «demostrar el valor permanente, moderno y verdadero de Rubén Darío». Para ello, sigue Acereda un método impecable.

Señala como signo básico de todo el poeta la gran tragedia que fue Rubén Darío y sobre este sólido cimiento construye el edificio de su acercamiento crítico, en el que distribuye la materia poética por los distintos espacios y matices de esa tragedia: vital, existencial, religiosa, erótica y política. Cada uno de esos centros de atención se subdivide en otros y se multiplica en nuevas sugerencias, en aspectos más precisos, entre los que destacan, por su lucidez y brillantez, los apartados dedicados a «Los paraísos artificiales. La bohemia», «La muerte y el destino», «El Darío oscilante: paganismo y cristianismo» y todo el capítulo dedicado al erotismo y a la mujer, en el que se calibra una de las claves más precisas de toda la sensualidad-sensibilidad del gran poeta universal.

He sostenido siempre que no se puede escribir un estudio literario sobre un autor sin entusiasmo por el personaje elegido y, sobre todo, por su obra y su significación. El entusiasmo de Alberto Acereda está garantizado y constituye su mayor virtud, su personalidad, su originalidad. Por todo ello, aplaudimos la aparición de esta obra, magnífica síntesis sobre Rubén que nos ha devuelto nuestra fe en la poesía (como quería Gerardo Diego, por cierto gran admirador de Rubén, como Salinas, como Guillén, como tantos otros de su generación). Nos ha devuelto un Rubén actual, vigente, moderno, un Rubén que seguirá diciéndonos mucho y bueno, un Rubén al que tanto debe la poesía española de nuestro siglo. Poeta muy admirado en su tiempo, seguido por muchos más o menos visiblemente, mantiene hoy su trascendencia para nuestras letras tanto desde el punto de vista histórico como poético. Su aventura humana, expresada en algunos de los poemas más sinceros escritos en nuestra lengua, no ha dejado de interesar, y aun hoy ofrece matices de reflexión que aún no han sido superados.

Francisco Javier Díez de Revenga